

Memorias | 1

Pedro Rodríguez Inciarte

Ingeniero, expresidente de la constructora Sato

“Lo que tú sabes es lo único que no te pueden quitar”

“Trabajar para la holandesa HGB, líder europea que funcionaba como un reloj, influyó mucho en mi visión de cómo debe funcionar una empresa”

➔ Juan A. Ardura

“Me nacieron en San Sebastián. Todos mis hermanos nacieron en Oviedo pero como nació un 8 de agosto, se conoce que mi madre, vasca, estaba allí con su familia. Supongo que el 1 de septiembre ya estaba en Oviedo”. Pedro Rodríguez Inciarte (1950), ingeniero, ya jubilado tras una vida profesional en la misma empresa, Sato, en la que empezó de becario y llegó a lo más alto después de sacarla a flote en la crisis de los años ochenta. Tercero de seis hermanos (tres chicos y tres chicas) hace repaso a una trayectoria vital intensa desde el patio de su casa de La Pereda (Llanes), donde ha disfrutado este verano rodeado de sus siete nietos. Pese a lo accidental de su nacimiento vasco, aún conserva la cartilla que daba la Caja de Ahorros de Guipúzcoa a los recién nacidos, “un duro de los de entonces; luego me parece que mi padrino metió otras 25 pesetas. Era una cartilla a la que no podían cargar gastos, al parecer era imprescriptible”.

Unos padres que se conocieron en las fiestas de San Mateo.

“Mi padre, Pedro Rodríguez, empezó a estudiar Derecho pero quedó huérfano después de la Guerra. Mi abuelo fue asesinado en 1936 y mi padre, que era hijo único, tuvo que dejar los estudios para hacerse cargo de los asuntos familiares, Aceites Vetusta, una envasadora que también vendía por Asturias pastillas de jabón. Luego, ya acabó Derecho más tarde. Mi madre, Emilia Inciarte, todavía vive, tiene 96 años y está

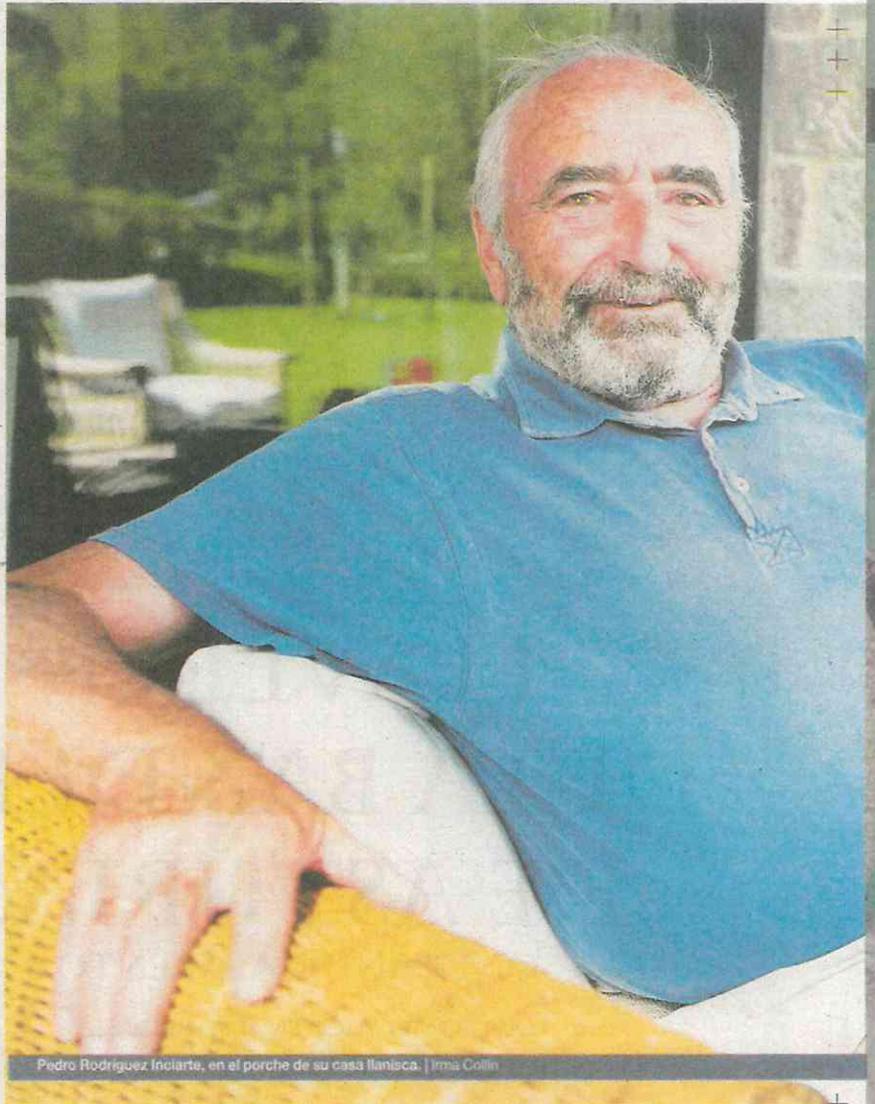
estupenda. Mis padres por casualidad se conocieron en las fiestas de San Mateo: el era de Oviedo y mi madre, que vivía en Madrid, vino a pasar las fiestas a casa de los Lacáizete y un tiempo después ya se casaron”.

Una infancia “alegre y feliz” en el Campo San Francisco.

“Vivíamos en la calle Suárez de la Riva. De la infancia, me quedan los recuerdos de los juegos en el Campo San Francisco y la Torera, que hacía fotografías allí. Son recuerdos de una infancia alegre y feliz, estuvo bastante bien. En una familia de seis hermanos no da tiempo a pararse mucho. Empecé a estudiar en las Ursulinas de Oviedo y de aquella época hice amigos que todavía mantengo como Luis Rodríguez Ovejero, José María Mazón, el actual diputado por Cantabria, y el oftalmólogo Luis José Pérez Uzquiano. Luego hice la Escuela Preparatoria, ahí ya tengo más recuerdos, era una cosa mucho más formal. Me tocó un maestro, don Ulpiano Arregui, el padre de la soprano Fefi Arregui y de Urbano Arregui, un ingeniero muy conocido que trabajó en la Confederación. Era un maestro excelente, también dio clase a mis hermanos. Era severo, allí no había pitoreo. No sé qué nos infundió pero, la verdad sea dicha, esa etapa de tu vida te marca mucho”.

Los “excelentes profesores” del Alfonso II.

“De aquella no había algo de lo que tanto se habla ahora, bullying; al contrario, había un respeto y si alguien tenía una dificultad, se le protegía. Puede ser que idealicemos esa etapa de juven-



Pedro Rodríguez Inciarte, en el porche de su casa llanesca. | Irma Collin



No sé qué nos infundió don Ulpiano Arregui, pero esa etapa de la vida te marca mucho

tud pero en aquel instituto Alfonso II había un excelente profesor, algunos habían sido repatriados de la Universidad y fueron al instituto, como Pedro Caravia. Fui un estudiante de sacar buenas notas, pero visto con perspectiva podía haber estudiado muchísimo más. Siempre pienso que en esa época perdí mucho tiempo haciendo el tonto cuando realmente es el momento en el que tienes que aprender cosas, porque es lo que nunca te pueden quitar. Lo que tú sabes es lo único que no te pueden quitar y deberíamos dedicar todos más tiempo, en esa etapa, al estudio, al trabajo”.

De ganar la Olimpiada de Matemáticas a estudiar Ingeniería.

“Se me daban bien las Matemáticas. En el Alfonso II me pre-

sentaron a la Olimpiada Matemática de Asturias de 1967 y gané, incluso me becó la Real Sociedad Matemática Española. Yo no tenía vocación de nada aunque me gustaba de todo un poco. Un día paseando por la playa de Borrizo con mi padre, le pregunté que creía el que debía estudiar. Él no quería influir, pero me dijo que podía hacer Derecho y luego una oposición a notario, registrador, o abogado del Estado, a lo que le dije: ‘Pero si me han dado una beca para estudiar Matemáticas...’ Entonces me contestó: ‘Pues haz ingeniero de caminos, que creo que ganan dinero’. A la sazón, parte de la familia de mi madre participaba en una empresa constructora que se llamaba Hidrocivil y cotizaba en Bolsa y mi padre me dijo que siempre tendría allí un puesto. El día que



Confesión andina: "Por primera vez no habéis sido mis hijos, sino compañeros de cordada"

"Una de las experiencias más bonitas que he tenido en mi vida fue ir con mi familia a los nevados de los Andes. Me acuerdo que un día lo pasé fatal con los piolés, los crampones, un frío que ni te cuento, subiendo al Cotopaxi, un volcán de Ecuador".

"Gracias a Dios, llegamos al refugio. Mis hijos eran veinteañeros y al salir había que firmar en un libro, yo era el más viejo de todos los que firmaban aquel libro allí. En un momento dado les dije: '¿Sabéis una cosa? Por primera vez en mi vida no habéis sido mis hijos, habéis sido mis compañeros de cordada'. Y ellos me contestaron: 'Pues por primera vez en nuestras vidas, no eras nuestro padre sino un compañero de cordada'. Y eso es algo muy emocionante".

"Verte encordado, en una pared de hielo, con tus hijos y un guía... Hombre el riesgo estaba limitado, no era que nos fuéramos a matar, pero impresiona. Encima cometí un error: se sube de noche, hacía calor y se me ocurrió abrir el anorak. Dirás tú: '¡qué tontería!' Ya, pues cuando estábamos allí arriba mangados, empieza a hacer un frío... me pongo a cerrar el anorak y no había forma. Me quito un guante, no ves ni pío y entre el amés y la preocupación de que no te caiga el piolé no fui capaz de meter la cremallera. Total que subí a veintitantos bajo cero con aquello abierto. Tengo una foto allí arriba que parece el abominable hombre de las nieves...pero bueno afortunadamente no paso nada y te queda el recuerdo de hacer una aventura así con la familia. Luego lo hemos repetido más veces. Con mi hermano Juan fuimos al Kilimanjaro. Siempre he procurado mantenerme activo".

acabé la carrera suspendió pagos Hidrociivil, en eso no atinamos, pero bueno... Estudié en Madrid porque mi abuela vivía allí y eso ayudaba, y porque mi padre siempre fue de la idea de que era mejor estudiar donde no se nos conociera para que nos perjudicara o nos beneficiara.

Mejor remar en el Retiro que hacer los finales de primer curso.

"Para mi ir a Madrid no fue un cambio muy grande. Habíamos ido mucho a San Sebastián, a París a estudiar francés en casa de nuestra familia. No extrañé nada aquello. El primer curso no me apliqué mucho y de algunas asignaturas ni me examiné. Vi que no estaba muy preparado y me fui a remar al Retiro en vez de examinarse. No sé cómo mi padre no me llamó la atención. Luego, a

partir de ahí ya no suspendí más. Por cierto, con mis hijos no dio resultado esa estrategia y tuve que optar por la receta tradicional de estar un poco más encima de ellos, pero estoy satisfecho".

Su mujer, Carmen de Andrés, la primera ingeniera.

"En la Escuela conocí a mi mujer, Carmen de Andrés, que fue la primera ingeniera de Caminos que acabó los estudios. Había pocas mujeres estudiando en aquel momento pero se ve que las otras lo dejaron y fue ella la primera ingeniera que salió de la Escuela. Luego ya hubo más. Primero trabajé en una empresa constructora, Uralita, luego sacó las oposiciones y estuvo destinada en Oviedo, donde le tocó una plaza en Faros y Costas pero muy poco tiempo. Le coincidió con un em-

barazo y lo pasaba mal con los mareos en las carreteras de Asturias de aquella época. Después consiguió otra plaza en Madrid.

Una carrera profesional con inicios en el puerto de Avilés.

"Trabajé siempre en la misma empresa. Empecé como becario en Sato, de construcción portuaria, luego estuve un verano en el puerto de Avilés y al acabar los estudios ya me incorporé como ingeniero en Madrid. Era a finales de 1973. Tuve mucho movimiento porque era una empresa participada por holandeses y al ser de tamaño más bien pequeña enseñada te dan más responsabilidades que en una compañía grande. Estuve en unas obras en Ferrol para Astilleros Españoles y luego en los diques de abrigo de Huelva. Los holandeses reclama-

ron un ingeniero que hablara español porque tenían proyectos en Hispanoamérica, entre ellos en el lago Maracaibo de Venezuela. Fui a Holanda en 1977 y me resultó interesante porque vi como trabajaba una empresa grande y bien organizada. La matriz era HBG, que era la líder europea en construcción y funcionaba como un reloj. Me influyó mucho en mi visión de cómo debía funcionar una empresa, cuidando hasta el mínimo detalle.

Mañana

"Una obra como la de El Musel no se hace así como así"